

noche, segun su costumbre, cuando se ocupaba personalmente de los mil negocios consiguientes á un movimiento inmediato y de la categoría del que se trataba; y menos aún, cuando el general Miramon y otros muchos gefes, y aun particulares, permanecieron á su lado en las primeras horas de la noche.

Todo estaba dispuesto; las tropas habian recibido la organizacion meditada por el general Miramon; la artillería que debia apoyar el movimiento, se habia ya retirado de los parapetos y municionado sus cofres lo mejor posible, cuando se presentó al Emperador el coronel D. Francisco Redonet, con una peticion del general Mendez, que se hallaba enfermo en su alojamiento. Redonet expuso al Emperador de parte del general que seria de un gran efecto se suspendiera la salida hasta el dia siguiente, pues se proponia dirigir la palabra á los soldados de su antigua brigada, en los que tenia grande y fundada confianza, agregando: que se hacia responsable del éxito de la salida si se le otorgaba esta concesion. El Emperador hizo llamar de nuevo á los generales Miramon y Castillo, y de común acuerdo, se resolvió aplazar la salida para el dia 15. Esto pasaba cerca de las once de la noche. A las once y media, despues de librarse las órdenes necesarias para que todo volviese á quedar en su primitiva colocacion, el general Miramon se dirigió á su casa, advirtiendo á los gefes que podian permanecer tranquilos hasta que recibiesen nuevas órdenes. Las dos baterías destinadas á apoyar la salida, fueron las únicas que no volvieron á sus puestos, quedando una parte de las piezas en la

plazuela de la Cruz, y la otra á la puerta de los almacenes de San Francisco.

Antes de pasar adelante, nos ocurre una cosa que es indudablemente un fuerte argumento contra lo expuesto por López. Segun él, el Emperador lo habia enviado con objeto de hablar con el general Escobedo; segun él, tambien el Emperador lo habia hecho buscar repetidas veces durante la noche---- Nosotros preguntamos: ¿habia perdido el juicio el Emperador, puesto que se olvidaba de haber mandado á López al campo enemigo? ¿Ignoraba acaso que la comision que habia confiado á este exigia un retardo considerable, vista la distancia á que se encontraba el campamento republicano, los incidentes del camino que tenia que recorrer á pié, y el tiempo indispensable para tener la conferencia y regresar despues? En nuestro humilde concepto, estas solas reflexiones son bastantes para desmentir la infame cuanto audaz version descrita por López.

Entre las muchas contradicciones en que abunda el folleto, existe una tan notable, que no podemos dejarla pasar desapercibida y menos aún, cuando se presta demasiado al objeto que nos proponemos. Segun López, el Emperador anhelaba que se le dejase salir con algunas personas de su séquito: ahora bien; veamos cómo se expresa en la parte final del 2º párrafo, página 9, al hablar de los sentimientos del Emperador respecto de sus subordinados: "porque queria siempre, participar de los peligros de sus subordinados; porque era demasiado noble para pensar en su salvacion, cuando

peligraba la de sus tropas." Nosotros preguntamos ¿qué era, en fin, lo que deseaba el Emperador? abandonar á sus soldados, desertando vergonzosamente de la plaza, ó permanecer al lado de ellos, participando de todos sus peligros?

López continúa haciendo la descripción del modo con que fué hecho prisionero en la huerta de la Cruz, por el mismo general Velez; relata con las mas espresivas frases la intensidad de sus sufrimientos morales, comprendiendo los peligros á que se veria expuesto el Emperador; trata de explicar los muchos inconvenientes y dificultades de que se miraba rodeado, para poder dar aviso de lo que pasaba, y en fin, explica la manera con que logró advertir al Emperador el peligro que le amenazaba.

Por no hacernos demasiado difusos, omitiremos analizar, como podriamos fácilmente hacerlo, las sofisticas especies vertidas por López, al explicar la manera con que el general Velez, á la cabeza de sus tropas, invadió el punto de la Cruz. Nos limitaremos á estampar aquí los hechos que hemos presenciado y sin ocultar nombres como hace López en su folleto, sin inventar comedias como las suyas, y sin servirnos de otros medios que los que arrojan la verdad y la lógica, vaciaremos los informes de aquellos de nuestros camaradas que bajo su firma y sin ningun barniz, deben, no lo dudamos, confundir y condenar al autor de las irreparables desgracias que se deploran hoy.

Para destruir los argumentos de López al hablar de la imposibilidad en que estuvo para introducir al ene-

migo en el interior del fuerte de la Cruz, se hace indispensable asentar previamente algunas circunstancias de un carácter importantísimo. En primer lugar, López, desde tres ó cuatro dias antes del 15 de Mayo, habia solicitado que de la fuerza de un tal Yablonski, *cómplice suyo*, se le permitiera disponer de un piquete para ayudar á la custodia de la huerta de la Cruz, y que esa misma fuerza cubria la cañonera derecha abierta en la barda izquierda de dicha huerta, y de la cual se habia hecho retirar la pieza que allí estaba situada, por hacer parte de las que debian formar las baterías de ataque, en la salida proyectada para la noche del 14: en segundo; que aunque es cierto que desde la altura de la iglesia podia descubrirse á cualquiera tropa que se presentase cerca de la indicada barda, esto no era posible en el momento que nos ocupa, puesto que lo impedian la densa oscuridad de la noche y el silencio que como es natural, deben haber guardado las tropas que ejecutaron el movimiento: en tercero, que por la cañonera de que se ha hablado, es el lugar por donde penetraron las tropas del general Velez, segun dice López: en fin, que una vez introducido el enemigo en la huerta, todas las demas obras fueron sorprendidas por la gola, comprendiéndose perfectamente que las tropas que las guarnecian, no tuvieron motivo para sospechar de una fuerza que transitaba en el interior del perimetro, y mucho menos, cuando á la cabeza de ellas se miraba á López, gefe del punto. Mas todavía, ninguna traicion podia comprenderse con motivo de estarse relevando los destacamentos de los parapetos, puesto

que habia ejemplo de haberlo verificado así otras noches en que se dispusieron ataques que debian ejecutarse á la madrugada.

Esto sentado, oigamos cómo se expresa el coronel D. Manuel Guzman, 2.º jefe del Estado Mayor. "Serian próximamente las cuatro de la mañana del 15 de Mayo, cuando el Sr. D. J. L. Blasio entró á la pieza que nos servia de alojamiento en el convento de la Cruz al Sr. general Castillo y á mí, y me avisó que el enemigo estaba en el campo-santo: di conocimiento al citado general, el cual salió violentamente: yo entré á tomar mi pistola á un gabinete inmediato y salí á alcanzarlo. En la pieza contigua á la nuestra, vivia el Emperador; al pasar por su puerta, el teniente coronel Yablonski, que se encontraba allí, me dijo: "Coronel, el enemigo está ya en la huerta y campo-santo;" sin dar contestacion alguna seguí mi marcha con direccion á estos puntos, pues ademas de que como he dicho, queria reunirme al general, el cual supuse que se habia dirigido á aquel lugar, queria tambien por mí mismo, convencerme de lo que se me habia dicho: atravesé los dos patios que median entre el pié de la escalera y la huerta sin encontrar un solo soldado, ni una luz en el tránsito de la parte baja del edificio. Llegué al fin á la puerta de la huerta y pasé una pequeña obra que la cubria, y se conocia con el nombre de "tambor;" habria avanzado unos ocho ó diez metros fuera de ella, cuando no obstante la gran oscuridad que reinaba á esa hora, pude distinguir una línea de tiradores y á su retaguardia tres trozos de infantería que me parecian, por los gran-

des schacots que tenian, del batallon de "Supremos Poderes," fuerza que me era bien conocida, porque durante el asedio de la plaza, habiamos tenido algunos prisioneros de ella. Una vez convencido de que el enemigo estaba en plena y absoluta posesion de aquella parte del edificio, me regresé con la mayor precaucion posible, y al llegar al punto que antes he designado con el nombre de "tambor" me encontré con cinco ó seis oficiales, tras de los cuales marchaba López: á los primeros no los conocí ni me fijé en ellos, porque estaba muy lejos de suponer que por el camino que yo habia seguido, podrian encontrarse oficiales republicanos, como sucedió; avancé un poco entre ellos y me dirigí al mencionado López, diciéndole: ¿Qué hay, coronel? este hombre nada me contestó y aun observé que trató de ocultarse tras de uno de aquellos gefes ú oficiales: al pronunciar yo estas palabras, uno de ellos, el que por el paso que yo habia dado quedaba á mi espalda, dijo en voz alta: "aseguren á este señor;" cuya orden ejecutaron unos siete ú ocho soldados que marchaban tras de ellos, y á los cuales yo no habia visto. Esta pequeña fuerza que fué la que me sirvió de custodia, me hizo avanzar de nuevo á la huerta, á unos veinte ó veinticinco pasos de la puerta, en donde nos establecimos. En estos momentos supuse que López, como yo, habia sido hecho prisionero; pero no dejó de llamarme la atencion que no lo dejaran como era natural conmigo, y verlo dirigirse de nuevo con aquellos oficiales al interior del edificio, por otra puerta que está situada á unos veinte ó veinticinco metros á la derecha

del "tambor," y por la cual se iba á las cuadras que ocupaban la compañía de Zapadores, un piquete de gendarmaría, y tambien al interior de la obra de fortificacion que se estaba construyendo sobre el camino, á la salida de la plazuela de la Cruz.

Habria trascurrido poco mas ó menos un cuarto de hora, en cuyo tiempo tuve lugar de estar observando que algunos bultos que salian del interior y se dirijian á los trozos de infantería, ponian en movimiento estas fuerzas, haciéndolas avanzar al convento por sus dos entradas y otra para un gran pátio al que se llegaba por una horadacion y que comunicaba por la parte Sur, con la línea de San Francisquito y por la Norte, á la parte baja del Hospital, que servia de alojamiento al tercer batallon, en los dias en que el número de fuerzas permitia al ejército tener un batallon de reserva; pero desde algunos atras, solo servia para cuarenta ó cincuenta prisioneros que se habian dado de alta; como he dicho, habria trascurrido un cuarto de hora, cuando distinguí á muy pocos pasos del lugar en que se me tenia, á Lopez que caminaba precipitadamente, y con una voz demasiado fuerte decia: "Por aquí, mi general, por aquí." Estas voces, como era de suponer, me causaron una grande alegría, pues repito creia á López prisionero y pensando se hubiese escapado, me figuré que al general á quien gritaba López, seria al Sr. Castillo, á quien mostraba el camino por el que habia avanzado el enemigo; pero esta ilusion me duró bien poco, pues nada habia que confirmase mi creencia y lejos de ello, pocos instantes despues, me hi-

cieron caminar hácia una plataforma construida en la barda izquierda, en donde me reunieron con siete ú ocho de mis compañeros prisioneros ya. Hasta que se verificó esta reunion, pude comprender cuál era la causa de todo lo que yo habia presenciado y que se ejecutaba con el mejor orden y gran silencio; el por qué ninguna de las guardias habia disparado ni un solo tiro, siendo lo que mas llamó mi atencion que la de la torre nada hizo para que pudiera comprenderse habia sentido aquel movimiento. Entre los prisioneros, cuyo número he indicado, se encontraban los comandantes de estas guardias, menos el de la torre, y cada uno fué refiriendo lo que López habia dicho al separarlos de sus puestos: (al del Panteon,) "*que un batallon del general Márquez, burlando la vigilancia del enemigo, habia penetrado á la plaza, y tropa de ese batallon era la que lo seguia para relevar la empleada en aquellos puntos, que debia incorporarse al suyo, pues se iba á emprender un movimiento á la madrugada.*" Al sub-oficial de artillería Hans, lo obligó á ronzar su pieza hácia la Cruz, porque "*allí se habia sublevado una fuerza.*" lo retiró de aquel puesto é hizo prisionero, dejando una escolta que custodiase la pieza. En fin, cada uno de aquellos compañeros manifestó la manera con que habia sido reducido á la situacion de prisionero, siendo de notarse que López era el autor principal de estos hechos.

"Todavía despues de esta conversacion, en momentos como aquellos, en que su solemnidad invita á decir la verdad desnuda, por estar todos en la firme persuasion de que era llegada nuestra última hora, pasaba una

cosa que nadie podía esplicarse: ¿por donde habian entrado aquellas fuerzas que ninguno habia sentido, sino cuando estaban en el interior? Pero pocos instantes despues tuvimos la solucion de lo que parecia un enigma: la fuerza habia entrado por la cañonera de la plataforma á donde se nos condujo y por la que se nos hizo bajar, para llevarnos al campamento enemigo: esta cañonera que seguramente tendria dos metros de altura sobre el nivel de la calle, habia sido ensanchada y con la tierra que se habia resbalado, se formó una rampa que hacia el ascenso sumamente cómodo; debiendo advertir que esta plataforma, segun una autorizacion solicitada por el mismo López, debió estar cubierta por diez hombres de la fuerza de Yablonski.

“Creo inútil repetir, que á medida que se nos iban incorporando los oficiales prisioneros, cada uno de ellos, sin excepcion, acusaba á López.

“El punto de Paté estaba cubierto por un batallon de la Division de Riva-Palacio, mandado por el teniente coronel Castañeda; ademas de esto, era allí el alojamiento del general Velez, y en él se encontraban enfermos, el teniente coronel D. Amador Aranda, D. Salvador Osio, un jóven Espinosa de los Monteros y D. José Jimenez; á este alojamiento fuimos invitados á entrar el gefe de Division de Artillería D. Antonio Salgado y yo, y un poco mas tarde el Doctor Martinez, gefe de la seccion sanitaria de nuestro ejército. Como era natural, la conversacion no roló sobre otro asunto que fuera ageno al sitio de Querétaro y muy particularmente á los episodios de aquella mañana:

entre aquellos señores no cabia la menor duda de que la Cruz habia sido entregada por López: se refirió allí, que poco despues de las cinco de la mañana, un oficial de los que habian marchado con el general Velez, habia ido á decirles *que ya estaban en posesion de la Cruz con toda su artillería, y prisionera su guarnicion*; que alguno de ellos dijo al citado oficial ¿cómo habia podido ser esto, cuando no habian oido un solo tiro? contestando entonces el interpelado: *“porque la ha entregado el gefe del punto, López, que es quien ha salido á recibirnos. Al principio temiamos todos que este infame tratara de traicionarnos, pero el general no es tonto, y no se le ha separado un momento, con pistola en mano para levantarle la tapa de los sesos á la primera sospecha.”* que despues de este oficial llegaron otros varios, dando nuevos detalles, pero diciendo todos que López habia sido el que cometió la traicion. Ademas de los señores que he citado, se encontraba el mayor de aquel cuerpo. La calificacion que todos aquellos señores hicieron de López ha sido nuestra primera venganza. Si necesario fuese, ni por un momento vacilaria en apelar al testimonio de los señores que he mencionado, porque son caballeros.”

Lo declarado por el sub-oficial D. Alberto Hans, comandante de la pieza de artillería situada en la cañonera abierta en el extremo de la barda de la derecha de la huerta, en direccion de la garita de México, es de una fuerza tal, que con solo esto podria probarse á López su culpabilidad. Se expresa así: “no sé exactamente qué hora seria; el cansancio me habia hecho dormir al pié del obus que mandaba en la huerta de la Cruz;

el peloton de artilleros que servia la pieza se hallaba tambien durmiendo, excepto un centinela; sentí que me movian, desperté y ví al gefe del punto, coronel López: este señor me mandó que hiciera levantar á los artilleros y que volviese el obus á retaguardia, dirigiéndolo hácia el edificio, y diciéndome que esto era necesario, porque se habia sublevado una parte de nuestra tropa. No obstante que esta órden me sorprendió, la obedecí. Pasados algunos momentos me redujo á la condicion de prisionero un oficial que no conocí, y el que, acompañado de algunos soldados, se quedó custodiando la pieza y los artilleros. Mas tarde me condujeron á Paté, reuniéndome con otros de mis camaradas que se hallaban allí."

El comandante del tercer batallon Márquez, D. Luis Echeagaray, dice: "mi batallon estaba de servicio la noche del 14 al 15 de Mayo, y solo habian quedado en los corredores del hospital de la Cruz unos cuarenta hombres todos de los prisioneros que se nos habian dado para reponer las bajas, siendo esta la única fuerza que se encontraba disponible, pues hacia ya cinco ó seis días que no se quedaba en aquel punto la fuerza que conociamos bajo el nombre de "columna de reserva," á causa de la escasez de tropa. Entiendo que serian las cuatro y media de la mañana cuando entró á verme en mi alojamiento, situado frente al cuartel de la Cruz, uno de los oficiales de la guardia de prevencion de mi cuerpo, el teniente Molinares, quien me dijo: "Señor mayor, parece que el enemigo está en la huerta y el camposanto. Al salir para trasladarme al cuartel, ví que una fuerza desconocida atravesaba de la gran fle-

cha establecida al costado derecho del templo de la Cruz, dirigiéndose hácia las piezas de artillería que se hallaban en la plazuela, cerca de la entrada de mi cuartel. Pregunte á Molinares qué fuerza era aquella, y me contestó que le parecia del enemigo; de lo cual me convencí viéndola tomar la artilleria. Al llegar á la puerta del cuartel, me encontré con el señor general Castillo, que venia seguramente de su habitacion, y entrando, vimos al coronel López que salia, despues de haber hecho que los cuarenta prisioneros de que he hablado pusieran las armas á tierra, cuyas voces de mando, dadas por el mismo López, oí yo. El general Castillo preguntó á López, ¿qué sucede, coronel? este no contestó al general, y dirigiendose á mí me dijo: "Salve vd. al general, ya todo está perdido." Entonces le manifesté que iria á reunir algunos piquetes de mi batallon que cubria la línea fortificada, para ver lo que podria hacerse: "No, no, me dijo; que todo permanezca en el mismo estado." Varios gefes republicanos, á quienes no conozco, se encontraban allí pistola en mano. Acudí á los puntos mas próximos donde habia fuerza de mi batallon, con objeto de recojerla, pero era imposible, pues López, á la cabeza de una columna enemiga, y acompañado de esos mismos gefes, dirigiéndose á todos los puntos ocupados por nuestras tropas, las iba rodeando y desarmando. Creo que la confusion hizo que no nos tomasen prisioneros en el acto, ó quizá no lo hicieron así porque no se fijaron en nuestras personas; el caso es que seguí á López, quien con grande actividad ejecutaba las operaciones de que he hablado, hasta

llegar á San Francisco, lugar en que lo dejé. Cuando bajaba yo hácia la plaza principal, ví desfilar, siguiendo el mismo rumbo, los piquetes de exploradores de México, húsares, escolta del Emperador y la pequeña fuerza que mandaba Yablonski. Los tres primeros piquetes fueron detenidos, cercados y obligados á echar pié á tierra entregando sus armas; pero la fuerza de Yablonski, á cuya cabeza iba él mismo *victoreando á la libertad*, pasó libremente, y volviendo á la derecha se dirigió hácia á la Congregacion, dondè fuí hecho prisionero.”

Los señores general Monterde, coroneles Alegre y Peza, y teniente coronel Horta, afirman que al encontrarse ya prisioneros en la plazuela de la Cruz y hablando con el señor general Velez, vieron á corta distancia á Miguel López montado en un caballo colorado de gran alzada, ensillado con la montura que usaba siempre. Agregan que estaba armado y que ninguna tropa lo custodiaba; y afirman igualmente que al ser conducidos rumbo á la plaza principal, encontraron á Yablonski á la cabeza de diez ó doce soldados de su fuerza, por la calle del Biombo.

Habla el teniente coronel D. Agustin Pradillo, oficial de órdenes del Emperador, y al que López cita repetidas veces, apelando á su *proverbial veracidad*. La primera noticia que el Emperador tuvo de lo que ocurría la madrugada del 15 de Mayo, fué comunicada por su escribiente D. José L. Blasio, y momentos despues por mí, que lo hice tan pronto como me hube satisfecho de que el enemigo habia ocupado el edificio de la Cruz y tomado las ocho ó diez piezas de artillería que se encon-

traban en la plazuela. Convencido el Emperador por mis noticias de que toda resistencia en la Cruz era imposible, pues le advertí que hasta la altura estaba ya ocupada por el enemigo, se decidió á salir á todo trance con objeto de dirigirse al cerro de las Campanas. El Emperador me dió una de sus pistolas, empuñando él la otra, y acompañado por mí y el coronel Salm, salió de su habitacion, á la puerta de la cual nos dijo: “Salir de aquí ó morir, único camino.” Atravesamos el corredor, en la escalera encontramos un centinela enemigo del batallon de Supremos Poderes, el cual, en vez de detenernos, puso su arma al hombro: en el patio hallamos una compañía del mismo batallon y oímos que preguntaban por el coronel Yepez: como uno de los que preguntaban se dirigió á nosotros, le contesté: “en la huerta,” y seguimos. Al salir á la plazuela vimos la tropa enemiga que custodiaba la artillería allí situada: el Emperador, amartillando su pistola nos dijo: “adelante.” A pocos pasos algunos que nos parecieron oficiales nos alcanzaron marcándonos el alto, pero el Emperador insistiendo, nos repitió la palabra “adelante.” Mas como en este momento algunos soldados se interpusieron á nuestro paso, nos detuvimos. Casi en el mismo instante se acercó á nosotros el coronel Don Pedro Rincon, con dos ó tres personas que lo acompañaban; dicho señor al mirarnos, dijo en alta voz: “Esos señores pueden pasar, son paisanos.”—Nosotros vestíamos el uniforme militar.—Continuamos nuestra marcha bien de prisa, y al llegar al cuartel de la escolta del Emperador, S. M. me dijo: “Seria conveniente que